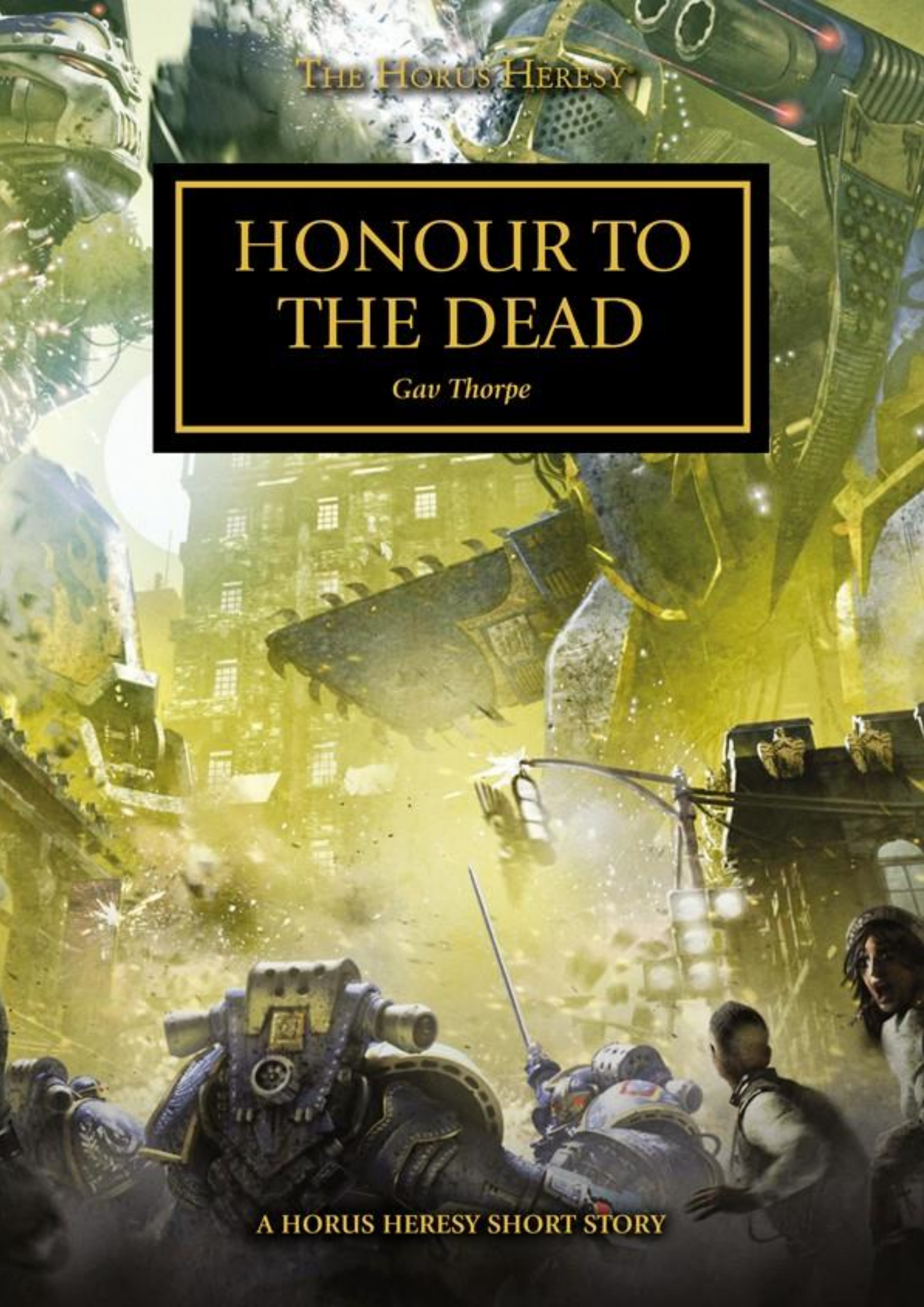

THE HORUS HERESY
HONOUR TO THE DEAD
Gav Thorpe
A HORUS HERESY SHORT STORY




LA HEREJÍA DE HORUS

# HONRAR A LOS MUERTOS

GAV THORPE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



## DRAMATIS PERSONAE

**La Legio de Titanes Praesagius**

| | |
|---|---|
| MIKAL | Princeps senioris del Titán Reaver *Vigilante* |
| LOCKHANDT | Moderati del Titán Reaver *Vigilante* |

**La Legio de Titanes Amos del Fuego**

| | |
|---|---|
| TYHE | Princeps del Titán Warhound *Nenola* |

**La Legión de los Ultramarines**

| | |
|---|---|
| TULLINA AQUILA | Sargento de los Ultramarines |
| GAIUS | Hermano de los Ultramarines |
| SEPTIVAL | Hermano de los Ultramarines |

**Personajes Imperiales**

| | |
|---|---|
| VARINIA | Ciudadana de Ithraca |
| PEXILIUS | Recien nacido de Ithraca |

# HONRAR A LOS MUERTOS DE GAV THORPE MAYO 2013

*El siguiente archivo de audio es un informe cronológico extraído y compilado del Archivo Operativo Última-XIII 1136.271v y de los escritos del primarca Roboute Guilliman. Sólo para personal autorizado del Adeptus Astartes.*

Marchaban por la llanura, los titanes de la Legio Praesagius, los gigantes mecánicos de los Auténticos Mensajeros. Las sombras de esos behemots se proyectaban sobre los edificios, eclipsando la vista de las extensiones de las afueras de Ithraca mientras titán tras titán avanzaban en fila. El suelo se estremecía con cada uno de aquellos poderosos pasos.

El grupo de batalla Argentus se encontraba al final de aquella larga fila, la tercera de las formaciones de su columna. Al frente se encontraba *Evocatus*, el gran Warlord, la mayor de aquellas máquinas, cuyo esqueleto de adamantio había sido forjado mil años atrás.

Tras el Warlord venían *Victorix*, *Muerte veloz* y *Lobo de fuego*. Clasificados como titanes de exploración, los Warhounds eran máquinas de muchos metros de altura, capaces de aniquilar compañías de soldados al completo, cazadores de manada que eran un reto incluso para las máquinas de combate mayores. Después se encontraba *Inculcador*, una máquina de la clase Reaver, firme en su posición y cuyo armamento podía allanar manzanas de una ciudad y aniquilar maquinas menores en un latido.

Máquinas antiguas, venerables incluso antes de que la Gran Cruzada comenzara, avanzaban resueltamente en dirección al punto de reunión. Todas antiguas salvo una, *Vigilante*, que avanzaba en la retaguardia del grupo. Recientemente creado, la librea oro y azul del Reaver acababa de ser pintada, los hilos de los estandartes que colgaban de las monturas de las armas todavía lucían sus brillantes colores y el metal relucía con los lubricantes y aceites bendecidos que le habían aplicado recientemente.

El comandante de *Vigilante* lideraba el grupo de batalla. *Princeps senioris* Mikal, veterano de muchas batallas, recibió la orden general de parada. Hundió su conciencia más profundamente en la unidad de impulso mental de su máquina de guerra para supervisar la situación, sus sentidos pasando de la vista, el oído y el

tacto a los sensores ópticos termales, los barridos de frecuencias sonoras y la resonancia táctil. Por un momento se sintió débil, un hombre de carne y hueso con un lento corazón palpitante que intentaba domar a un coloso de metal propulsado por las inimaginables energías de su reactor de plasma. La conciencia primaria de *Vigilante* lo desafió por un momento, casi resentido cuando Mikal impuso su voluntad al espíritu-máquina.

Varios kilómetros al frente, las naves del Mechanicum esperaban a que los titanes subieran a bordo. Con su visión amplificada, Mikal vio las máquinas de guerra de la Legio Infernus, los Amos del Fuego. A través de la neblina pudo contar docenas de titanes, sus cascos esmaltados en negro y decorados con llamas amarillas. Su columna se estaba dispersando, formando una línea entre ellos y los megatransportes que los llevarían a órbita.

—Orden a Argentus —dijo Mikal por el canal de voz—: alto. Parece que al frente hay algún retraso. Nuestros amigos los Amos del Fuego parece que se han rezagado. *Princeps maximus*, ¿qué están haciendo nuestros camaradas? Nos están bloqueando el paso al punto de encuentro.

De los canales de voz no brotaba más que estática y voces ininteligibles.

—Centro de mando de Calth, aquí el *princeps* Mikal de la Legio Praesagius informando de fluctuaciones de las comunicaciones. ¿Cuál es el estado del embarque de Ithraca?

Sólo un ruido blanco llegó como respuesta.

—*Moderati* Lockhandt, realice un diagnóstico comple… —la orden murió en sus labios—. ¡Por el Omnissiah!

Los cielos nublados enrojecieron bajo un falso sol. Sombras escarlata motearon las pistas de aterrizaje cuando estrellas en miniatura parecieron descender de los cielos, su rojiza luz brillando sobre las naves que aguardaban a los titanes.

Por un momento se hizo un silencio perfecto.

Entonces las estrellas cayeron sobre las pistas de aterrizaje, impactando contra cascos blindados, atravesando naves y floreciendo en fuegos devastadores. Las atronadoras detonaciones alcanzaron los sensores de sonido de *Vigilante*. Horrorizado, Mikal se quedó mudo cuando vio los inmensos rayos de lanzas de

energía caer desde alta órbita, obliterando los bloques de habitación de los trabajadores temporales desplazados a aquella la zona y las villas de los supervisores en su avance hacia Ithraca. En unos instantes la ciudad estaba en llamas, un brillo duro en la mirada artificial de Mikal.

Medio kilómetro más allá de la línea del campo de aterrizaje el rayo de una lanza de energía cortó a través de unos de las naves que estaba abandonando la zona, atravesando sus motores y provocando nubes de plasma liberado. El ascenso de la nave se interrumpió, y su inercia la precipitó sobre la ciudad en un arco descendente.

—¡… perdemos el control! —sonaba una voz en medio de la estática—. ¡Caemos sobre Ithraca, cerca del Admins…! ¡Repito, aquí 83-TA *Aratán*! ¡Hemos sido alcanzados por fuego orbital! ¡Perdemos el contr…!

Mikal querría haber apartado la vista, pero los sensores de *Vigilante* estaban fijos en la nave que se precipitaba a tierra, obligándolo a ser testigo involuntario de cómo se estrellaba, arrasando inmensos bloques de viviendas, arrastrándolos consigo convertidos en escombros.

Mientras intentaba procesar aquella oleada de datos, nuevas lecturas de los sistemas de *Vigilante* inundaron los pensamientos de Mikal. Unas crestas de energía aparecieron súbitamente entre las ruinas de la zona de embarque. Los Amos del Fuego estaban activando sus escudos de vacío. Milagrosamente, parecía que sus titanes habían salido indemnes del extraordinario bombardeo.

Y en unos instantes, el milagro demostró ser complicidad.

Los cuernos de batalla resonaron. Destructores de plasma, cañones volcanos, y armas automáticas liberaron su furia contra los titanes de la Legio Praesagius de la vanguardia de la columna. El sonido distante del fuego de los cañones de proyectiles sólidos y el chasquido de las armas láser parecía amortiguado e irreal. Con sus propios escudos inactivos, los Auténticos Mensajeros eran objetivos fáciles, y docenas fueron ejecutados en el espacio de uno pocos latidos.

*Vigilante* respondió más velozmente que su propia tripulación, y las alarmas y las advertencias de amenaza se dispararon por todo el puente de mando del titán.

—¡Arriba los escudos! —gritó Mikal—. ¡Toda la energía dirigida a escudos y locomoción!

Notó cómo la potencia de *Vigilante* lo recorría, la energía de su reactor de plasma como fuego en su sangre en el momento en que ésta recorría los generadores de los escudos de vacío y fluía por las piernas del titán. La impetuosa joven máquina, revolviéndose, quería luchar. El impulso de devolver el fuego era abrumador, pero Mikal acabó con aquella urgencia razonando fríamente. Los Auténticos Mensajeros se encontraban en inferioridad numérica. Inferioridad numérica severa. El *Aratán* transportaba gran parte de sus fuerzas. Además, los Amos del Fuego se encontraban en una posición superior.

—Grupo de batalla Argentus, retroceda a la ciudad. ¡A todas las máquinas que puedan escuchar mi orden, retirada y reagrupación!

Mientras transmitía aquella orden, *Vigilante* respondió, alejándose con potentes pisadas de la devastación liberada en el campo de los titanes, dirigiéndose al santuario de Ithraca.

---

Sin poder creer en lo que veían sus ojos, la gente que se agolpaba en las balconadas del tercer piso clavaban su mirada asombrada y horrorizada en la destrucción que se extendía por su ciudad. Una furia de gigantes se había liberado en un cegador despliegue de fuego y proyectiles que habían derribado amplias franjas de la línea del horizonte de la ciudad. La mayoría de los observadores eran las mujeres e hijos de los soldados de los regimientos del Ejército Imperial movilizados a Calth. Sus jadeos y gritos de pánico se perdían en el tumulto.

Había una cuyos ojos no se dirigían a la batalla entre los titanes sino en sentido opuesto, hacia el centro de la ciudad, donde la nave de transporte había caído. Los pensamientos de Varinia estaban puestos en su marido, Quintus, quien estaría con su regimiento. Se habían despedido unas horas antes, y sabía que se encontraba en la plaza de la gobernación para recibir las órdenes de su compañía. Varinia no podía ver los edificios gubernamentales, pero la columna de fuego y humo que se elevaba desde el lugar de la colisión atenazaba su pecho con angustia.

Las detonaciones que se acercaban, ya a menos de un kilómetro de distancia, apartaron de su mente los pensamientos acerca de su marido. Un titán, un Reaver negro y rojo, se tambaleó al final de la avenida, sus escudos de vacío crepitando al incendiar los coches que encontraban a su paso antes de embestir un edificio de habitáculos de cinco pisos.

La batalla estaba cada vez más cerca.

—Pexilius —dejó escapar en un susurro.

Salió corriendo hacia la escalera, apartándose de la balconada, sin poder pensar en otra cosa que no fuera su hijo, quien estaba en la sala de infancia de la enfermería dos pisos más arriba. Llegó al primer rellano sin detenerse, a punto de caer por la velocidad con la que giró para enfrentar el siguiente tramo de escaleras.

Entonces la fachada del edifico estalló, arrojando fragmentos de vidrio y pedazos de plasticemento escaleras abajo, las llamas de la detonación pasando por encima de Varinia cuando ésta se arrojó contra un rincón. Del techo se desplomaron vigas y paneles. Nubes de polvo le llenaron la boca y la nariz, cubriendo su pálida piel, manchando sus rubios rizos. Partes de sus ropas se había convertido en jirones, y tenía arañazos en la cara y los brazos. Notaba una punzada de dolor en el costado y la sangre caliente le empapada el vestido.

—¡Pexilius!

Ignorando el dolor de la herida, se apoyó en una de las vigas caídas para ponerse en pie y siguió ascendiendo por la escalera plagada de escombros.

—¡Pexilius!

Había cuerpos, y partes de cuerpos, aplastados entre las pilas de muros desplomados. Alguien dejó escapar un grito ahogado de auxilio, una mano de dedos rotos surgió de entre los escombros. Ella paso de largo, apartando otro pedazo de viga. No podía detenerse a ayudar, sólo tenía un pensamiento en su interior.

Tres pisos al completo habían sido destruidos por los misiles.

—¡Pexilius! —volvió a gritar, su voz cada vez más histérica, antes de romper a toser.

Se detuvo, tosiendo cada vez con más fuerza en medio de aquella niebla de polvo, y aquella pausa le devolvió parte de su sentido común. Su hijo no podía responder, apenas tenía unas semanas de vida. Empezó a llamar a su matrona en su lugar.

—¿Lucretia? ¿Lucretia? —llamó intentando contener las lágrimas—. ¿Me oye alguien?

El pabellón de recién nacidos estaba en ruinas, las coloridas pinturas de las paredes cubiertas de las marcas de quemaduras de las explosiones. La mitad del techo se había desplomado, enterrando por completo la zona donde se habían alineado las cunas. Verinia volvió a gritar ante aquella visión, temiendo confirmados sus peores miedos.

Se arrojó en medio de los escombros, arañándose los dedos y rompiéndose las uñas al escarbar desesperadamente mientras sus lágrimas caían sobre los restos de techo y paredes.

—¡Lucretia! ¿Hay alguien vivo? ¿Hay alguien ahí? Haced ruido… Oh, por favor, que haya alguien vivo… Por favor, que mi pequeño Pexilius esté vivo…

Las lágrimas dejaron dos surcos en medio de la suciedad de su cara. Siguió escarbando.

Una tos ronca atrajo su atención y redobló sus esfuerzos, insuflando nuevas fuerzas a sus doloridos miembros. Escuchó una respiración entrecortada y apartó un panel del techo para descubrir bajo él la cara cubierta de sangre de la vieja Lucretia. La enfermera estaba doblada de manera antinatural, encorvada sobre algo. Tenía una profunda brecha en la cabeza, y la sangre se le deslizaba por la cara.

—¿Pexilius?

—Lo saqué de la cuna… para darle de comer…

Varinia no sabía si aquello era bueno o malo, pero entonces Lucretia dejó caer su peso a un lado, con el dolor contrayéndole los músculos faciales, dejando ver un bulto envuelto en una manta azul bajo ella.

—¡Mi hijo! ¡Lucretia, lo has salvado!

Cogió al niño mareado de los débiles brazos de la enfermera, acercándoselo a las mejillas, apretándolo entre sus brazos.

Otra explosión entre los edificios cercanos le recordó que no estaban a salvo. Sosteniendo al pequeño Pexilius en un brazo, con el otro intentó mover el pilar que había atrapado el cuerpo de Lucretia. Era imposible. Los párpados de la mujer se cerraron, su pecho dejó de moverse.

—Gracias, Lucretia. Gracias, gracias, gracias…

Las lágrimas de gratitud de Varinia cayeron sobre la mujer muerta cuando se inclinó para besar aquella frente arrugada. Después se recompuso lo mejor que pudo, por su hijo.

—Bien, Pexilius, vamos a sacarte de aquí.

El tono alegre que fingió no pudo acallar el desamparo que sentía. Volvió a la escalera, caminando con cuidado entre los cascotes con su hijo agarrado al pecho.

Alcanzó el piso inferior, e inmediatamente se detuvo. El edificio temblaba, escuchó cómo más pedazos de escombros se desprendían de los techos de los pisos en ruinas sobre ella. Uno y otro y otro, los pasos de algo que estremecía la tierra se acercaban, lentos y mecánicos.

Una sombra inmensa se derramó en el interior del edifico a través de las ventanas rotas y se detuvo. Con un zumbido creciente, los inmensos cañones giratorios comenzaron a girar, apuntando a un objetivo distante. Sabiendo lo que venía a continuación, Varinia se metió en una de las habitaciones a las que daba el rellano, escudando a su hijo con su propio cuerpo.

El ruido era ensordecedor. La veloz propulsión de los proyectiles provocó ondas de aire que pulverizaron los pocos cristales que quedaban en las ventanas, causando una nueva tormenta de esquirlas que se precipitó sobre Varinia mientras ésta abrazaba a Pexilius a la vez que se apretaba con fuerza contra la pared.

Gritó sin articular palabra, intentando cubrir los oídos de su hijo lo mejor que podía y notando el dolor en sus propios tímpanos, sus alaridos primarios ahogados por la andanada del titán.

Y tras ello, un silencio sólo roto por el repiqueo de los cristales rotos.

Los poderosos pasos del titán volvieron a sacudir el edificio.

Varinia vio una mesa, volcada pero intacta. Buscó refugio tras aquella endeble barricada.

—Nos quedaremos aquí, mi pequeño, mi precioso hijo —dijo susurrando entre sollozos—. Nos quedaremos aquí y nos encontrarán. Tu padre está luchando. Pero estará pensando en nosotros. Sí, vendrá. Sabe dónde estamos y vendrá a por nosotros.

La oscuridad que proyectaba el titán se desvaneció y sus pasos se hicieron cada vez más lejanos. Varinia se encogió alrededor de su hijo para protegerlo.

—Aquí estaremos seguros hasta que tu padre vuelva a casa.

El griterío de la multitud que huían apenas era audible bajo las atronadoras señales de los cuernos de guerra de los Amos del Fuego. Sus titanes exploradores encabezaban el ataque, aprovechando su velocidad y maniobrabilidad, dirigiendo a la población de Ithraca frente a ellos como si fuera ganado.

Había una lógica cruel tras aquella acción: los objetivos en las calles eran más fáciles de eliminar. El propósito de aquella cacofonía era sacar de sus casas y tiendas a la gente de Ithraca, permitiendo así que los regimientos de renegados que seguían la estela de los titanes pudieran dedicarse a la miserable tarea de limpiar de reductos de resistencia los edificios. Eran decenas de miles los soldados que en esos momentos inundaban Ithraca, a pie y en transportes de tropas, su camino allanado por el terror liberado por los Amos del Fuego.

La velocidad era esencial. Gracias al factor sorpresa, los Portadores de la Palabra y sus aliados llevaban la iniciativa. Con velocidad, se harían con la victoria.

A la cabeza de aquella persecución se encontraba el *princeps* Tyhe en el interior de su Warhound, *Denola*. Cientos de personas se derramaban por las calles frente a él, surgiendo como afluentes de los bulevares y los callejones laterales. Era uno con su titán, sus armas sembrando proyectiles explosivos en la niebla que era la muchedumbre presa del pánico, agujereando el pavimento de ferrocemento y desgarrando los cuerpos de los civiles gimientes que habían sido pisoteados por la multitud.

—¿No es hermoso, querida mía? Mira cómo las hormigas escapan de sus agujeros para que las aplastemos. Tan débiles, tan patéticos. ¡Debemos matarlos! Nuestros camaradas los Portadores de la Palabra necesitan muertes, y muertes les daremos. ¡Muertes por docenas! ¡Muertes por cientos, por miles!

Junto a *Denola* había otros dos Warhounds, desplegándose entre las calles para arrear a los civiles de Ithraca hasta su condena, pero Tyhe no les prestaba atención. No compartiría con ellos la gloria de la batalla. Su mundo consistía exclusivamente en los miembros impulsados por los sistemas hidráulicos y los pesados servos, el

núcleo de plasma y los sistemas de armamento, las matrices de puntería y los cargadores automáticos.

—¡Sí, sí! La muerte de esta chusma nos hará más fuertes. El *princeps maximus* lo juró. Bendito sea el día en que escuchó las palabras de Kor Phaeron y se unió a su causa. ¿Alguna vez has sentido esta libertad, este poder? ¡Nos hemos vuelto uno con el Dios-Máquina por medio de la destrucción! ¡Somos libres de los grilletes del Emperador! El Dios-Máquina es libre de los lazos de servidumbre a Terra. ¡Horus nos ha mostrado el camino, y lo seguimos gustosamente! —Tyhe dejó escapar una risa maniaca—. Quisieron hacernos sus esclavos, mi preciosa *Denola*. Nos amordazaron y nos dijeron cuándo y cuándo no podíamos cazar. Sí, siento el mismo gozo salvaje que ruge en tu corazón de plasma. Late como si fuera el mío. Cuando acabemos con estos gusanos, comenzará la auténtica caza —el Warhound pareció gruñir apreciativamente—. ¿Recuerdas cómo huyeron los Auténticos Mensajeros? Eso no los salvará. Les mostraremos la mentira de su nombre, pues no hay mensaje más auténtico que el que nosotros traemos. ¡Somos los portadores de un nuevo amanecer, los heraldos de la muerte! ¡Somos los Amos del Fuego, los apóstoles de la aflicción! ¡Y como tales sembramos el pesar en nuestros enemigos sobre los fuegos de la batalla, nos elevaremos sobre todos ellos…!

—Tyhe —dijo una voz a través del canal de voz—, te estás saliendo de la formación.

La advertencia del *princeps* que pilotaba otro de los Warhounds carecía de sentido, apenas podía comprender aquellas sílabas en medio de los latidos de la sangre y las vibraciones neumáticas. Tyhe rió a carcajadas. Podía sentir las pilas de cadáveres aplastados por las pisadas de *Denola*, los cuerpos reducidos a pulpa bajo su peso.

—El enemigo se está reuniendo alrededor del *Aratán* —continuó aquella voz—. Las órdenes son reagruparnos, no podemos seguir luchando desperdigados.

Las palabras irritaban a Tyhe como el vuelo de una mosca. Las ignoró sin más, avanzando a grandes zancadas hacia el interior de la ciudad, con sus armas escupiendo llamas.

Los flancos de las nubes de humo que rodeaban Ithraca se iluminaban con las llamas y los destellos de las explosiones y las descargas láser. Dos batallas se desarrollaban simultáneamente, ambas igualmente desesperadas.

Entre los edificios y en las calles los regimientos traidores del Ejército Imperial recorrían Ithraca en largas columnas de tanques y vehículos de transporte de tropas. La artillería y los cañones autopropulsados disparaban a los edificios desde las afueras, abriendo camino con aquella cortina de fuego a la infantería. Calle por calle las desperdigadas fuerzas leales de la defensa de Calth vendían caras sus vidas, luchando por cada metro; cada vida servía para dar algo más de tiempo a los defensores para superar el trauma de la traición y organizar una respuesta.

A bordo de *Vigilante*, aquel campo de batalla palidecía en comparación con la fuerza desatada de los titanes. Los hombres y mujeres que se estaban sacrificando frente al avance traidor sin esperanza alguna, las hordas de rebelde que entraban en Ithraca: eran nada en comparación con las máquinas de guerra que caminaban por sus calles.

Embestían edificios, pisoteaban plazas, quebraban el ferrocemento dejando en él sus huellas mientras maniobraban para alcanzase unos a otros en terribles fuegos cruzados. Nubes de cohetes y líneas y más líneas de proyectiles atravesaban el aire preñado de humo. El crepitar de los escudos de vacío sobrecargados hacia estallar los cristales de las ventanas y prendía fuego a las filas de árboles que flanqueaban las avenidas.

El grupo de batalla había logrado evadir el asalto inicial de la Legio Infernus, pero varios de los poderosos Warlords de la Legio Praesagius habían caído en aquella retirada. Su sacrificio había proporcionado a Mikal y a los demás el tiempo necesario para alcanzar la máxima potencia de combate con sus máquinas.

Aun sobrepasados en número, los Auténticos Mensajeros no rendirían Ithraca sin luchar.

Lejos del campo de aterrizaje las comunicaciones mejoraron aunque por momentos eran parciales, y Mikal pudo contactar con el resto de Argentus. Los traidores debían de haber empleado algún tipo de pantalla ofuscadora, y todavía no habían podido establecer contacto con el mando de la legión ni con otros grupos de batalla. Por el momento, Mikal debería dirigir a Argentus sin una estrategia a medio plazo.

El *Aratán* se había convertido en el foco de su esfuerzo. Atrapados a bordo estaban las máquinas principales de la Legio Praesagius, y si podían rescatarlos podrían dar la vuelta a la batalla. Los Amos del Fuego, aparentemente, habían llegado a la misma conclusión, puesto que los titanes enemigos también estaban atravesando la ciudad hacia el punto donde la nave había caído.

El grupo de batalla Argentus era el que menos daños había sufrido en la emboscada de los traidores, y lideraba a los seis Warlords supervivientes de los Auténticos Mensajeros. Si con aquellos titanes podía asegurar el *Aratán* y protegerlo del asalto de la infantería, aún cabía la esperanza de truncar el ataque enemigo.

—*Evocatus*, tome el mando y diríjase al punto de colisión. Recupere la estación de comunicaciones y limpie la línea de fuego. Warlord enemigo cuatro kilómetros al noreste. Warhounds, flanqueen el avance por el lado oeste. *Inculcator*, colóquese en posición de apoyo theta.

—Recibido.

—Recibido.

—Sí, *princeps senioris*.

Los titanes rompieron su formación cerrada y se dispersaron por entre las calles de Ithraca. Con *Inculcator* moviéndose por una ruta paralela, *Vigilante* avanzó. Las tropas leales del Ejército Imperial abrieron paso al Reaver, con la infantería aclamándolo y alzando los puños a las desafiantes máquinas de guerra que pasaban frente a ellos.

No habían recibido señal alguna del mando de Calth ni de la legión de los Ultramarines. Las fuerzas imperiales aún se estaban recuperando del ataque sorpresa, y la defensa de la ciudad descansaba en ese momento sobre los escudos y las armas de aquel puñado de titanes, enfrentados a tres veces su número en máquinas de guerra. Mikal apenas registró los gritos de aliento de la infantería que rodeaba su máquina, su mente imbricada en la red de sensores de su Reaver mientras escaneaba los movimientos del enemigo.

— *Victorix*, necesitamos ojos más adelante. Quinientos metros. Había un grupo de caza de Warhounds al oeste pero parece que ha desaparecido del auspex. Vigile por si vuelven a aparecer.

—Recibido, *princeps senioris*.

—Mantenga las comunicaciones al mínimo, encriptación total. Si el enemigo ha sido capaz de bloquear nuestras transmisiones es muy posible que posean nuestras claves de cifrado y el acceso a nuestros protocolos.

El grupo de batalla avanzó velozmente, dejando atrás las formaciones del Ejército Imperial compuesta de restos de varios batallones y otros grupos menores que se preparaban para repeler a aquellos que horas antes habían sido sus aliados. Con los Warhound como exploradores, los titanes mayores permanecieron a unos cientos de metros unos de otros en una formación de apoyo cercano.

Una máquina enemiga, clase Nemesis fuertemente armada, estaba tomando posición directamente en su ruta de avance. Los datos de los escáneres indicaban que el titán no estaba solo, pero las marcas de las unidades de apoyo se difuminaban contra el ruido de fondo de turbinas y fábricas.

Un kilómetro más adelante quedaron al alcance de artillería enemiga oculta. *Evocatus* recibió la mayor parte de la primera andanada; los escudos del Warlord crepitaron y restallaron al absorber los impactos.

Un edifico a la derecha y una docena de metros frente a *Vigilante* se desplomó en medio de la calle. A través del polvo y el humo los sensores del Reaver detectaron señales de una masa de infantería y vehículos avanzando hacia ellos.

—Tropas enemigas, medio kilómetro adelante. Varios centenares de infantería; tanques, número desconocido. *Inculcator*, *Muerte veloz*, supriman la amenaza. *Evocatus*, continuamos el avance. La artillería enemiga está situada en las afueras de los parques de Demesnus. *Victorix*, *Lobo de fuego*, acabad con los cañones.

Sea por bravuconería, locura o miedo al fracaso, el regimiento enemigo atacó directamente a los titanes, brotando de entre los edificios que flanqueaban su línea de avance. Más proyectiles y cohetes cayeron sobre ellos, arrasando los bloques alrededor de las máquinas de guerra.

Una salva afortunada envolvió a *Vigilante*, y Mikal sintió la palpitación de los escudos de vacío que intentaban resistir las explosiones. Un generador falló, y la respuesta del impulso mental hizo que Mikal notase un espasmo en las entrañas. En

el interior del titán, los visioingenieros y los servidores se apresuraron a reactivar es escudo sobrecargado.

La infantería enemiga ya estaba a su alcance. *Evocatus* abrió fuego con los cañones rotatorios gemelos montados sobre su caparazón superior, arrojando un torrente de proyectiles sobre uno de los edificios ocupados en respuesta a los disparos esporádicos de armas pesadas que salían despedidos de sus ventanas y balconadas. La fachada estucada del edificio se derrumbó bajo aquella cantidad de fuego, abriendo paso a su interior como una herida abierta.

*Muerte veloz* cargó con su pareja de megabólteres despedazando escuadras de infantería mientras éstas intentaban asegurar sus posiciones. Las armas láser de *Inculcator* masticaron una columna de tanques que doblaban un cruce próximo, convirtiendo a tres de ellos en deshechos ardientes que bloquearon el avance de los demás. Mikal marcó esa formación en la pantalla táctica.

—Skallan, apunte ese cuello de botella. Salva completa.

El lanzador de misiles apocalipsis sobre el caparazón del Reaver se ajustó siguiendo las órdenes del *moderati* y abrió fuego, lanzando una ráfaga de diez misiles que travesaron el bulevar hasta el mismo centro de la formación de tanques. Máquinas y hombres fueron despedazados en una serie de detonaciones, rociando de metralla las plantas bajas de los edificios circundantes.

Evaluando el daño que había recibido el grupo de batalla, Mikal llegó a una conclusión: los tanques y la infantería no eran más que una distracción, pensada para prevenir que sus titanes alcanzasen el *Aratán* antes que el enemigo.

—Amenaza mínima, ésta es una maniobra de distracción. Continuamos el avance, no podemos permitirnos perder tiempo con enemigos menores. El Nemesis está a dos kilómetros, y mantiene su posición.

Mikal consideró sus opciones, ametrallando ausentemente la compañía de infantería sobre la que pasaba. El Nemesis oponente era un titán solitario, pero su armamento estaba elegido específicamente para desgarrar escudos de vacío y atravesar densos blindajes. Era el asesino de titanes perfecto. Su posición le otorgaba amplios ángulos de disparo, y llevaría un tiempo considerable esquivarlo por medio de un desvío: un desvío que el grupo de batalla no podía permitirse. Las

respuestas esporádicas de los sensores indicaban la presencia de tropas de apoyo junto a él, probablemente skitarii traidores de la legión de los Amos del Fuego.

Sopesando los posibles cursos de acción, Mikal decidió que el riesgo de perder uno o más de las máquinas de su grupo compensaba el tiempo que perderían con el rodeo. No fue una decisión fácil, pero el *princeps senioris* sabía cuál era su deber.

—Concentrad el fuego en el Nemesis. Si podemos irrumpir en el parque tendremos una ruta directa hacia el *Aratán*. *Evocatus*, atraiga parte del fuego hacia el oeste. *Muerte veloz*, encárguese de las tropas de apoyo. *Inculcator*, usted y yo encabezaremos el ataque principal.

—Recibido.

—Recibido.

—Recibido, *princeps senioris*.

Reconoció silenciosamente a los demás *princeps* que no hubo sombra de vacilación en sus respuestas. Dejando una estela de muertos tras de sí, el grupo de batalla siguió adentrándose en el corazón de Ithraca.

---

—*Naun anan burza. Da'nazu, vi na'kul, enen…*

Entre los chirridos de las pilas inestables de escombros, Varinia escuchó voces. No podía distinguir las palabras, pero provenían de los pies de la escalera. Por un momento se preguntó si sería otros supervivientes, pero las secas y crueles carcajadas la convencieron de lo contrario.

Pexilius se revolvió en sus brazos cuando se puso en pie para revisar los restos del apartamento. El mobiliario destrozado sembraba el suelo cubierto de polvo, y los escombros del techo derrumbado bloqueaban la otra salida. Se fijó en una pequeña cámara a un lado, en la que una de las paredes se había desplomado dejando un hueco lo bastante grande para ella. Pexilius murmuró y abrió los ojos cuando lo dejó en aquel hueco oscuro.

—Estate callado, mamá volverá en un momento.

Tras empujarlo un poco más al interior del hueco, Varinia se acercó a la mesa volcada e intentó levantarla. Oyó las pisadas sobre los escalones más allá del marco roto de la puerta. La mesa era demasiado pesada para que pudiera levantarla, pero necesitaba algo con lo que tapar la entrada de la cámara; si no, igual le daría quedarse en pie en medio de la habitación. Apretando los dientes, tiró del borde de la mesa y dio unos pasos, aterrada por el ruido que la esquina hacía sobre las baldosas partidas del suelo. Con los brazos temblándole por el esfuerzo, la bajó despacio e inspiró profundamente.

Las voces estaban cada vez más cerca, repartiendo sus ecos por la escalera destrozada. Los cristales rotos crujían bajo los pasos que se aproximaban.

—Muévete, maldita sea —susurró para sí misma, desesperada.

Sonó un ruido, un golpe y algo —o alguien— que rodara escaleras abajo, risas y gruñidos. Varinia no entendía las palabras que oía, pero su tono hacía innecesaria la traducción. Aprovechando aquella oportunidad, arrastró la mesa hasta la entrada a su escondrijo. Metiéndose en éste, tiró de la mesa y colocó sobre el hueco restante algunos de los pedazos de los paneles del techo, dejando sólo una fina rendija de luz.

Para entonces Pexilius ya estaba del todo despierto. Se removía en sus pañales, bostezando y parpadeando. Cogiéndolo en brazos, Varinia retrocedió en el interior de aquel agujero cuanto pudo, temblando de miedo. Su hijo pareció sentir su miedo, y arrugó la frente. Le pasó los dedos por la cabeza para tranquilizarlo.

—Ahora no, mi pequeño —susurró—, ahora no. Quédate callado por mamá.

Pero su inquietud se transmitía al niño, y reconoció sin lugar a dudas un lloro inminente.

—Por favor, Pexilius… —susurró, notando que los ojos se le anegaban de lágrimas.

A través de la rendija que había dejado pudo ver las sombras oscuras que se perfilaron en la puerta de la habitación. Tres hombres, vestidos con los uniformes de campaña del Ejército Imperial. No reconoció el regimiento, habían sido tantos los reunidos en Ithraca que siempre perdía el hilo cuando su marido hablaba de ellos.

Deseó que estuviera allí. Deseó que su valiente teniente matara a aquellos miserables saqueadores y que se la llevara a ella y a Pexilius a un lugar seguro. Las lágrimas cayeron, saladas en sus labios.

Oyó el suspiro de Pexilius cuando éste abrió la boca y los ojos cuanto pudo. Odiándose a sí misma, Varinia le tapó la cara con la mano, aterrada por lo que podría ocurrirles a ambos. Sofocó sus lloros, casi inaudibles entre los ocasionales desprendimientos de escombros y el ruido de las pisadas de los saqueadores. Aguantando la respiración, convencida de que hasta el ruido de sus latidos podía delatarlos, se quedó inmóvil, sin atreverse a mover un músculo por si aquello comprometía los restos apilados para ocultar su refugio.

—*Sis beren hassen…*

Uno de los hombres se detuvo junto a la mesa volcada, bloqueando la luz. Varinia ahogó un jadeo apretando la mandíbula. Pexilius luchaba bajo su mano.

—*Seil bukde, eden fidigo nun sent.*

—*Vi nan tur.*

Aquellos hombres parecían decepcionados. Vio unos dedos que agarraban el borde de la mesa. Se encogió aún más, intentando hacerse lo más pequeña posible.

Cinco disparos secos, ensordecedores, resonaron por toda la habitación, ahogando los gritos de dolor. Algo se derrumbó contra la mesa, haciendo caer los restos de techo.

Unos pesados pasos recorrieron el apartamento. Varinia se dio cuenta de que todavía aferraba la boca de Pexilius con la mano. Por un momento la inundó el terror de haber asfixiado a su propio hijo. Apartó los dedos, eligiendo el mal menor, y Pexilius tomó una bocanada de aire. Esperó a que el llanto de su hijo empezara, sin poder aguantar el propio.

—Calla, mi niño —sus palabras apenas eran un susurro—. Calla. Mamá está aquí…

Gritó cuando la luz inundó su escondite, la mesa apartada violentamente, los resto de escombros cayendo. Se encontró mirando fijamente el cañón de un arma que la apuntaba directamente a la cara. Tras el arma había una figura blindada que

empequeñecía a cualquier hombre que ella hubiera visto jamás. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando reconoció la heráldica de los Ultramarines.

El legionario había perdido su casco y la miraba directamente con sus fríos ojos azules, su amplia mandíbula apretada. Su pelo era oscuro, muy corto, y lucía un remache dorado sobre la ceja del ojo derecho.

—Superviviente. Nada más. Muévete.

El guerrero se dio la vuelta y Varinia salió de su escondite, apretando contra el pecho a Pexilius. Le llegó el ruido de más disparos desde la escalera. Dio un paso sobre el charco de sangre cada vez más amplio y a punto estuvo de escurrirse. Se agarró al borde de la mesa para recuperar el equilibrio, y vio los cuerpos desparramados de los tres saqueadores sobre las baldosas rotas, entre el polvo, sus ojos muertos clavados en el techo. Temblando, Varinia tapó los ojos de su hijo y siguió al marine espacial.

En el rellano, otro ultramarine permanecía junto a la ventana. Sostenía un arma inmensa y pesada, de varios cañones, y la manejaba con la misma facilidad con la que un hombre usaría un rifle láser. Disparaba a algo en la calle, y un torrente de casquillos se derramaba en el suelo a su lado. Varinia se dio la vuelta, sobresaltada por el ruido repentino, intentando proteger a Pexilius de aquel estrépito.

El marine espacial sin casco le hizo un gesto.

—Lleva a tu hijo a un lugar seguro, mujer. Los Portadores de la Palabra y sus aliados traidores nos han traído la guerra a todos.

Se dio la vuelta.

—¡Espera! ¡Por favor, espera! —gritó Varinia.

El guerrero se detuvo y giro la cabeza. Su mirada era dura.

—Vamos a la zona de combate. No estarás segura con nosotros.

—Estaré más segura que aquí. Por favor, llevadnos con vosotros.

—Hay un punto de evacuación establecido en el parque Demesnus —dijo el ultramarine de la ventana sin volverse a mirarla—. Ve allí.

Varinia sintió los brazos aún más pesados y cansados de lo que los había sentido hasta ese momento.

—¿Sola? Son casi cinco kilómetros…

Otro ultramarine bajó por la escalera, haciendo vibrar los pedazos de paredes desparramados por los escalones a su paso. Se detuvo al ver a Varinia.

Los tres guerreros se detuvieron, hablando entre ellos por los canales de voz sin que Varinia pudiera oírlos.

—No causaremos problemas, lo prometo. No estorbaremos. Por favor, por favor, no nos dejéis aquí, puede haber más de ellos… —dijo haciendo un gesto hacia el apartamento con los tres cuerpos.

Los segundos siguientes el ultramarine sin casco permaneció en silencio y sombrío. Después miró a Varinia y asintió con la cabeza.

—Sin garantías. Nos dirigiremos al punto de reunión. Te llevaremos hasta allí.

—Gracias, muchas gracias.

Los otros dos guerrero comenzaron a descender las escaleras, y el ultramarine que había hablado dejó pasar a Varinia.

—¿Cuáles son vuestros nombres? Mi marido querrá agradecéroslo cuando lo encontremos —al pensar en él su ansiedad aumentó—. ¿Hay alguna noticia del centro? Tenía que personarse allí para recibir órdenes.

—Una nave se estrelló en esa zona. Las comunicaciones son fragmentarias. Las fuerzas enemigas convergen en esa posición… pero sabemos que aún hay supervivientes que están luchando.

Aquellas palabras renovaron las esperanzas de Varinia.

Cuando alcanzaron el último tramo de escaleras se dio cuenta de que el ultramarine no había contestado a su primera pregunta.

—Vuestros nombres, por favor. Yo soy Varinia, y este pequeño es Pexilius.

El ultramarine que encabezaba el grupo rió, un sonido extraño a través de los altavoces externos del casco. Habló cuando se detuvo junto a los restos astillados de las puertas dobles que daban a la calle:

—Nuestro capitán se llamaba Pexilius. Se habría sentido orgulloso.

—Ese es Gaius —dijo el marine espacial sin casco señalando al que acababa de hablar—. Mi compañero con el cañón rotativo es Septival. Yo soy el sargento Aquila. Tullian Aquila.

—Gracias, Tullian Aquila.

—No me des las gracias todavía. Hoy, cinco kilómetros a través de Ithraca no es un camino fácil.

---

El parpadeo del fuego sobre las ventanas de la villa le daba al edificio la apariencia de que estuviera riéndose frente a aquella destrucción, como si fueran ojos que brillaran de júbilo. Tyhe se rió con él, deleitándose en la muerte y la miseria que caminaba por Ithraca a su lado. Sus armas eran como puños de fuego, obliterando todo aquello con lo que se encontraba. A su paso las calles quedaban sembradas de cadáveres y escombros.

La villa era el reducto de varias docenas de hombres desesperados. Pensaban que habían encontrado un refugio, pero sólo habían dado con su tumba. Tyhe los había estado persiguiendo durante más de una hora, acosándolos con su cuerno de guerra, haciéndolos retroceder con su megabólter cada vez que intentaban darse la vuelta y contraatacar. Algunos habían intentado resistirse, disparando sus cañones automáticos y sus armas de plasma contra su forma blindada, pero ni siquiera habían sido capaces de sobrecargar sus escudos de vacío. Como pago, los había barrido del mundo mortal, convirtiendo su carne en ruinas sangrientas y sus vehículos en metal desgarrado.

Había hecho retroceder a los supervivientes colina arriba, hasta la casa del patricio que dominaba aquellos jardines. Así se había otorgado un motivo para destruir aquel lugar, satisfaciendo el deseo que lo había asaltado desde que vio aquel pórtico de columnas que parecía dominar sobre las casas bajo aquella elevación.

—¡Un nido para el águila arrogante, ahora cae en ruinas!

Satisfecho con su propio tono poético, lanzó un escaneo de amplio espectro por toda la villa, detectando los hombres escondidos en su interior.

—Cincuenta, no más. Haremos un bello sepulcro de este hermoso palacio, mi dulce *Denola*. Me pregunto dónde estará el dueño ahora. ¿Quizá se esconde en su interior? ¿O quizá huyó a la ciudad, abandonando a sus esclavos a su suerte?

Por respuesta, el Warhound pareció gruñir.

—Tal será el destino de todos los tiranos —comenzó a gritar Tyhe por los altavoces de su máquina de guerra—. ¡La liberación comienza aquí, y terminará en el Marte encadenado! ¡Los engranajes de la guerra aplastaran al águila hasta convertirla en un resto sanguinolento, y entonces reclamaremos la galaxia! ¡Horus nos ha mostrado el camino, y la palabra de Lorgar nos lo ha prometido!

Disparó los turboláseres, arrasando un ala de la villa al completo, haciendo saltar en pedazos los generadores de energía que había en su interior. Una línea de gas estalló y las lenguas de las llamas surgieron a través de las ventanas que saltaron en pedazos, prendiendo fuego al césped y los árboles de los jardines. Tyhe dio entonces un paso por encima del muro del complejo, mientras el fútil fuego láser arrancaba chispas de los escudos de vacío de *Denola*. Lo sintió como lluvia sobre la piel: persistente, pero no desagradable.

—¡Cesad esta resistencia sin sentido! —gritó de nuevo.

Por respuesta escuchó algunos gritos desafiantes, cortos y débiles, de los hombres atrapados dentro del edificio. Tyhe descubrió a un puñado intentando escapar. Movió su máquina a través de los jardines, pisoteando un cerezal para bloquear el paso por la carretera trasera. Apuntó con sus armas a los hombres que salían de edificio y disparó contra ellos y contra las ventanas que daban al comedor que acababan de dejar atrás. Las cortinas quedaron reducidas a harapos y las paredes de madera se convirtieron en astillas.

—¡Dejadme concederos el banquete que os merecéis, amigos míos! No volveréis a alimentaros de los platos cargados sobre las espaldas de los conquistados, sino que saborearéis las cenizas de la derrota y la humillación. Descargaré sobre vosotros la pena justa por las mentiras que habéis esparcido, las atrocidades que habéis cometido en nombre del sometimiento. ¡Seréis vosotros los que os sometáis, puesto

que sois meros hombres, y nosotros somos *Denola*, agente inmortal del Dios-Máquina!

El entretenimiento que le había proporcionado aquel grupo de hombres no duró mucho. Los restantes se retiraron a los sótanos, sin fuerzas ya para luchar. Tyhe consideró la posibilidad de pisotear simplemente el lugar, pero no estaba tan desesperado por derramar su sangre como para arriesgarse a quedar atrapado entre las ruinas del edificio.

Se alejó del complejo, descendiendo por la colina hasta el parque adyacente en busca de un nuevo desafío.

No muy lejos, a poco más de diez kilómetros, el titán clase Nemesis *Revoka* retrocedía cuidadosamente por una avenida flanqueada de arboles, disparando sus cañones rotatorios y volcanos sobre un Warlord enemigo. Los escudos de éste eran un caos de colores bajo la cortina constante de fuego, retorciéndose y pulsando con cada impacto de proyectil.

La máquina de Praesagius no pudo absorber más castigo. Con un destello que momentáneamente dejó en blanco todos los escáneres de *Denola*, el reactor del Warlord estalló. Casi doce manzanas de edificios se convirtieron en un cráter vitrificado en un instante, salpicado de gris allí donde las gotas de hierro cayeron al suelo: aquello fue lo único que quedó de la máquina de guerra.

Tyhe pudo comprobar que el sacrificio de su enemigo había tenido un propósito definido: *Revoka* había sido flanqueado. Dos Reavers se aproximaban a él por el sur. Se encontraba demasiado lejos para intervenir, y sólo pudo ver cómo *Revoka* quedaba atrapado en medio de un fuego cruzado. Los escudos del Nemesis intentaron absorber la andanada pero fracasaron estrepitosamente en un estallido espectacular que arrancó los árboles y la hierba a su alrededor. Expuesto, intentó apuntar sus armas a los titanes que se acercaban, pero era demasiado tarde. La siguiente salva penetró las placas blindadas, atravesó el caparazón del Nemesis. La articulación de una de las rodillas estalló en pedazos, y *Revoka* se desplomó sobre un costado. Rodeado de polvo y llamas, la gran máquina de guerra se fracturó, su estructura aplastándose y desgarrándose al impactar contra el suelo.

Despreciando al gran guerrero que habían derribado, el grupo de batalla enemigo no se detuvo un instante, sino que siguió su marcha, despectivo.

Tyhe gruño, y aquel ruido fue imitado y ampliado por su Warhound mientras atravesaba el parque. Uno de los Reavers permanecía allí, cerrando la retaguardia, protegiendo el avance de los demás hacia el punto donde la nave se había estrellado. Aquel titán era más grande que *Denola*, con más potencia de fuego y mejores escudos, pero eso al *princeps* no le importaba. Él era un cazador astuto. Antes o después, el Reaver cometería un error y entonces caería sobre él. Vengaría a *Revoka*, pero sobre todo Tyhe saborearía la ejecución como su verdadera recompensa. Un Reaver sería un digno trofeo, mucho mejor que los tanques y la infantería que se había encontrado hasta entonces.

Desactivando las armas y los escudos, *Denola* corrió hasta la cobertura que ofrecían los bloques de habitáculos que rodeaban el parque, las señales del consumo descendente de energía del Warhound enmascaradas casi completamente por el calor de los edificios en llamas.

---

—Repito, extracción vía Thunderhawk en progreso. Los titanes enemigos se acercan a nuestra posición. Orden general a todas las compañías, retirada de Ithraca y reagrupación en el punto de encuentro del sector sigma-*secundus*-delta.

La comunicación se repetía, distorsionada. Aquila se llevó la mano al comunicador de su oído, dejándola un segundo después caer, sabiendo que aunque él pudiera oír las voces de sus superiores, ellos no podían oírlo a él.

Había una puerta ornamental en el alto muro del parque al final de la avenida. Los edificios a cada lado de la carretera eran cáscaras en llamas, pero la batalla ya había dejado atrás aquel sector. Los titanes de dirigían al centro del conflicto en el corazón del parque.

Aquila podía oír el rugido distante de los truenos, sabiendo que en realidad no se trataba de una tormenta sino de la descarga de las armas pesadas que decidiría el destino de la ciudad. No eran los relámpagos los que iluminaban el cielo, sino el resplandor de los disparos de armas superpesadas y los parpadeos de los escudos de vacío.

—Mil quinientos metros… —dijo Aquila— si atravesamos por medio del parque.

—Campo abierto, sin cobertura —respondió Gaius por el canal de voz—. Será como si atravesáramos una galería de tiro.

—Bien. Mil setecientos metros siguiendo la línea de árboles. El avance será más lento, tendremos que estar alerta ante posibles patrullas traidoras.

El sargento se giró hacia la mujer, Varinia. Se apoyaba contra la puerta, con la cara congestionada, de un rojo brillante. Llevaba a su hijo colgado del pecho, en una bandolera cruzada que había hecho con un pedazo de cortina. Fiel a su palabra, no los había retrasado, pero eso sólo había sido posible porque no estaban avanzando a marcha forzada: el terreno exigía que se movieran con precaución para el caso de que dieran con una fuerza enemiga bien armada.

—No tenemos tiempo para descansar —dijo.

—Sólo… un momento… por favor —respondió Varinia exhausta.

Su respiración entrecortada preocupó a Aquila, igual que la mancha de sangre que se escurría por su pierna. Miró a su alrededor. Las calles de aquella zona estaban desiertas.

—No puedes continuar. Descansa aquí, y cuando te recuperes continúa hasta el punto de reunión.

La mujer lo miró confusa.

—En el parque — le dijo mientras apuntaba con el dedo en dirección noroeste.

La nave estrellada se veía claramente, alzándose por encima de los edificios esparcidos sobre las colinas verdosas.

—Sigue recto hacia el accidente. No puedes perderte.

Septival se giró, hablando a través del canal de voz.

—Sargento, ¿eso es prudente? La orden es de retirada general. Ithraca se ha perdido, hermano. Ya sólo es cuestión de ver cuán rápido y cuántos supervivientes podemos evacuar.

—Sep tiene razón —lo apoyó Gaius—. Ithraca no es un suceso aislado. Todo Calth está siendo atacado. Esta ciudad será abandonada a favor de objetivos de mayor valor estratégico. Esto, en breve, será territorio hostil. Si se queda aquí, morirá o el enemigo la apresará.

Consciente de que por proximidad la mujer podría oír sus palabras, Aquila apuntó hacia el parque. El suelo estaba salpicado de cráteres humeantes, las laderas agujereadas y surcadas por las marcas de pisadas de titanes. Las explosiones habían desarraigado árboles y en el aire flotaba la ceniza de los campos quemados.

—No logrará atravesar eso —susurró—. Se está desangrando. Quizá debería ahorrarle el sufrimiento.

—¡Sargento! —exclamó Gaius por el canal de voz.

—Seamos honestos, nosotros también estamos prácticamente muertos… Sería un acto de misericordia.

—¿Ha perdido la esperanza, sargento? —preguntó Septival, también a través del canal de voz.

—Cualquier optimismo que albergara fue destruido por el primer bombardeo de los traidores —contestó apretando los dientes—. Los Portadores de la Palabra nos han golpeado cuando éramos más vulnerables. Es posible que la legión de los Ultramarines perezca en Calth.

—No podemos rendirnos sin más.

Las palabras de la mujer cogieron a Aquila por sorpresa. Se dio cuenta de que había hablado más alto de lo que quería. La miró, y vio en ella más desafío que rechazo. No podía compartir aquella fe ciega, pero no quería retrasar más el avance.

—Gaius, carga con ella si quieres. Los traidores alcanzarán pronto el punto de reunión. Los titanes de Infernus se están uniendo al combate. No podemos retrasarnos más si queremos volver a luchar.

—Como diga, sargento.

Gaius guardó su bólter y levantó a Varinia, sosteniéndola contra su pecho con la misma facilidad con la que ella acunaba a su hijo entre los brazos. El legionario inclinó ligeramente la cabeza, mirando al bebé.

—Eres… muy pequeño. Y pensar que una vez incluso nuestro noble sargento Aquila fue tan pequeño como tú…

—Ya basta —dijo Aquila—. Avanzamos hacia esos árboles y luego hacia el norte. Permaneced alerta.

Los tres marines espaciales avanzaron a grandes zancadas hacia el humo y el fuego.

Una columna de vehículos de los Ultramarines avanzaban por la carretera junto a *Vigilante*: tres Rhinos y el mismo número de tanques. Había otros, formaciones desperdigadas de figuras de servoarmaduras azules avanzando en medio de los árboles calcinados no muy lejos de la posición del titán. El Reaver permanecía alerta entre los pabellones y las villas que bordeaban el parque, a un kilómetro de distancia de donde se había estrellado el *Aratán*. El *princeps* Mikal podía ver detalles de la masa de la nave, su casco devastado despidiendo vapor, en la zona norte del parque.

La inmensa nave asomaba por encima de los árboles y las ruinas de los edificios, con casi dos kilómetros de longitud y trescientos metros de altura. En los escáneres de amplio alcance el lugar del accidente no era más que una masa ardiente de calor y radiación que embotaba cualquier lectura en un radio de cientos de metros.

—Tan pocos Ultramarines —musitó para sí Mikal, antes de alzar la voz para el resto de la tripulación—. No ha sido sólo la Legio Praesagius la que ha sido sorprendida por esta traición. Puede que puedan ayudarnos contra esa basura traidora del ejército, pero los bólteres y las armas volkitas no servirán contra los titanes.

El resto del grupo de batalla Argentus se encontraba más al este, creando un cordón contra los traidores para que los Warlords de la legión pudieran crear un perímetro defensivo con el que proteger la nave de transporte. Los titanes de batalla de la Infernus se estaban agrupando a cuatro kilómetros de distancia, concentrando sus fuerzas para un asalto frontal contra su posición.

El denso fuego de los Auténticos Mensajeros iluminaba la línea del horizonte, manteniendo a raya a los tanques y la infantería enemiga que intentaba ocupar los edificios adyacentes al tramo oriental del parque.

Mikal realizó un último barrido con los escáneres sobre los edificios recortados frente a las llamaradas de fondo del Aratán, pero no obtuvo ninguna señal

significativa, sólo las marcas dispersas de lo que podían ser fuerzas leales, civiles atrapados o tropas terrestres enemigas inconsecuentes.

—Amenaza negativa. Esta zona es segura. Dirigiendo energía de los sensores al tren de locomoción. Realizaremos una vuelta de patrulla por las zonas oeste y norte antes de dirigirnos al este y unirnos a la línea de defensa.

Vigilante salió del parque, pasando por encima del muro en ruinas y sobre los jardines de una casa baja. Dejando sus profundas pisadas en el césped y aplastando los setos, el titán cruzó hacia el norte, un atajo hacia la carretera principal que rodeaba el parque y se dirigía al centro administrativo. La energía del reactor de plasma impulsaba a *Vigilante*, y cada paso hacía sentirse a Mikal como un gigante.

---

El fuego de artillería traidora se había intensificado. En su mayor parte se dirigía contra el casco de la nave caída a tierra, pero algunas salvas de cohetes errantes y disparos de cañón desperdigados caían sobre el parque como lluvia explosiva.

Moviéndose por entre los árboles del borde oeste del parque, Aquila desconfiaba de la ruta que se abría frente a ellos. No se podía ver mucho a través de los árboles, pero los aullidos de los cuernos de batalla resonaban por todas partes, incrementando su intensidad a medida que los titanes convergían sobre el inmenso transporte.

—Si seguimos de frente es sólo cuestión de tiempo antes de que el bombardeo nos alcance.

—Tenemos preocupaciones más inmediatas, sargento —respondió Septival.

El ultramarine apuntó hacia el este, donde un puente atravesaba el estrecho río, donde la carretera trazaba una curva hacia el norte desde su línea de avance. Cientos de hombres con los colores de los regimientos traidores lo estaban cruzando, sus columnas apoyadas por tanques superpesados Hellblade y otros vehículos blindados que atravesaban directamente el cauce.

—No hay mucho que pueda hacer un cañón rotativo contra eso. Y no habrá forma de eludirlos si se dispersan entre los árboles.

Aquila dirigió una mirada a Gaius. La mujer que reposaba en sus brazos parecía dormida, pero eso no era una buena señal. Los brazos le colgaban, y se revolvió por un momento, pero con los ojos ausentes. Su hijo se aferraba a su pecho, su pequeña cara manchada de hollín, sin hacer un solo ruido.

—El Reaver que vimos antes sería una buena escolta —dijo Gaius.

—Estoy de acuerdo —concedió Aquila—. Nos llevará un poco más de tiempo, pero tenemos que volver a la ciudad. Si nos apresuramos podremos alcanzar el punto de reunión antes de que el cordón de titanes sea sobrepasado.

Los otros dos asintieron y se dirigieron hacia el borde oeste del parque, en dirección a los edificios en llamas fuera de él.

---

—¡Necio! —chilló Tyhe—. ¡Cegado por la falsa devoción tanto como las llamas oscurecen sus escáneres!

Bajo el impulso impaciente de su *princeps*, *Denola* atravesó las llamas de una planta de energía destruida, su calor apenas una leve molestia para la máquina de guerra. Oculto por las vaharadas de calor, el Warhound continuó acechando al Reaver enemigo. Moviéndose velozmente, Tyhe redujo la distancia entre ellos a trescientos metros, utilizando los edificios ardientes como cobertura.

Sus sensores detectaban personas en los edificios cercanos, en las inmediaciones del parque, pero no podía prestarles atención: estaba totalmente inmerso en la caza.

El Reaver era un blanco fácil, se movía dándole la espalda. Tyhe esperó un momento más, analizando el trazado de las calles frente a ellos. Había una pequeña carretera paralela a la avenida principal, separada de ésta por edificios más altos que el Warhound: una vía de flanqueo perfecta.

A doscientos cincuenta metros, el Reaver se detuvo. Tyhe sintió el barrido de los sensores sobre sí.

—Tarde —rió—. Muy, muy tarde.

*Denola* abrió fuego con su megabólter. Cientos de proyectiles de alto calibre se derramaron por la avenida, salpicando los escudos de vacío del Reaver con

llamaradas actínicas de energía. Los sensores de audio detectaron el fallo en los escudos, sus generadores sobrecargados, como un estallido de presión sónica.

—¡Vamos, patán! ¡Lucha! ¡Apúntanos con tus armas!

El Reaver se tambaleó bajo el último impacto que alcanzó su caparazón, recibiendo daño superficial. Tyhe cargó el turboláser y lo disparó: el rayo de energía abrió un profundo corte en la juntura de la cadera del titán.

—¡Date la vuelta, bastardo! ¡Contraataca!

Tyhe se estaba moviendo junto a él por la calle paralela, aumentando el flujo de energía a las piernas de *Denola*. Para cuando el Reaver lograra apuntarlo con sus armas ya habría alcanzado su máxima velocidad y podría sobrepasar su posición para volver a atacarlo por la espalda.

Pero el *princeps* enemigo no hizo lo que esperaba. En lugar de girarse para luchar, cargó de frente con el Reaver, embistiendo la esquina de un edificio y arrancando de él una lluvia de fragmentos de rococemento.

—¡No! ¡No importa cuánto corras, no podrás huir de nosotros!

Apretando el paso, *Denola* corrió por la carretera secundaria, recargando sus armas: estarían listas para descargarlas sobre la espalda del titán en retirada a la vuelta de la siguiente esquina. El *princeps* enemigo era astuto, pero su máquina simplemente era demasiado lenta para responder ante aquella emboscada.

---

La respuesta del colector inundó el cuerpo de Mikal, haciendo que notara los hombros y los costados magullados y quemados. Los sistemas de emergencia fueron como un bálsamo sobre su piel y la tripulación de reparación ya había puesto en marcha los procedimientos de control de daños.

—*Moderati* Lockhandt, ¿estado de los escudos?

—No responden, *princeps*. Todos los generadores están sobrecargados. Ese ataque sorpresa nos ha alcanzado de lleno.

Mikal podía sentir la presencia del Warhound corriendo hacia ellos. En menos de un minuto sus armas estarían de nuevo preparadas para abrir fuego.

—Cese del control de daños. Todo el suministro de energía dirigido a la locomoción y el armamento.

—¿*Princeps*? —dijo Lockhandt como queriendo comprobar que había entendido la orden—. No tenemos escudos…

—No hay tiempo. Tenemos que matar esa máquina primero.

Bajo el mando de Mikal, *Vigilante* embistió otro edificio en el momento en que el Warhound alcanzaba la intersección tras él. Su blindaje aguantó mejor que la estructura de ferrocemento del edificio. Una cascada de escombros cayó tras el titán, inundando la carretera.

—Eso debería retrasarlo algo… Olvidad el lanzamisiles, toda la energía a las armas de los brazos. Aún no estamos perdidos.

---

La fachada del edificio se desintegró cuando el Warhound traidor la atravesó con un disparo de su turboláser que desmenuzó la pared y sus vigas de soporte y alcanzó al Reaver al otro lado. Pedazos de escombros cayeron sobre Aquila mientras se alejaba de la ventana.

—Parece que nuestro santuario ha durado poco. Septival, intenta obtener un ángulo de tiro sobre ese Warhound; quizá el cañón rotativo pueda dejarlo sin algún escudo. ¿Gaius?

Se dio la vuelta y vio a Gaius depositar a la mujer sobre el suelo enmoquetado. El marine espacial alzó la vista y meneó la cabeza. Aquila pudo ver que Varinia todavía estaba viva pero que sus movimientos eran débiles: había perdido demasiada sangre. La mano que pasaba lentamente sobre la cabeza de su hijo temblaba, y los párpados parecían pesarle cada vez más.

—Gaius, busca con Septival el punto de disparo óptimo.

El edificio se sacudió de nuevo. El Warhound pasó junto a las ventanas, con su megabólter arrojando docenas de proyectiles por segundo.

A través de la ruina que era la pared opuesta, Aquila vio cómo el Reaver se giraba. Las armas de sus brazos estaban alzadas, un corto cañón melta y un multiláser. El

ultramarine captó las chispas que recorrieron los cables de energía expuestos y supo lo que iba a ocurrir a continuación. Septival también lo supo.

—¿Es que no se da cuenta de que estam…?

El Reaver abrió fuego, alcanzando al Warhound a través del edificio. Los pulsos de energía láser evaporaron las paredes. Los escudos de vacío del Warhound estallaron, su onda expansiva golpeando la ya debilitada estructura del edificio.

Hubo un ruido como de truenos cuando el techo de desplomó.

Gaius se movió como un rayo, echándose sobre Varinia. Cayó sobre ella y el niño un instante antes de que les llovieran encima pedazos de las plantas superiores. El impacto se perdió entre el ruido, pero Aquila supo que su compañero no había sobrevivido.

Los escombros cayeron también sobre Septival, arrancándole de las manos el cañón rotativo cuando una de las vigas lo golpeó en el hombro.

El suelo cedió bajo Aquila. El agujero se lo tragó, arrojándolo al piso inferior. Además de los fragmentos de rococemento junto a los que caía pudo ver la repentina luz del sol cuando el techo quedó abierto al cielo.

Impactó contra el suelo del sótano, quedando aturdido por unos segundos. De la pila de escombros se alzaba una nube de polvo que se extendía por aquella nueva ruina. El zumbido de unos rotores inmensos atrajo su atención. Al alzar la vista pudo ver al Warhound traidor cerniéndose sobre ellos.

En algún punto por encima de Aquila, Varinia gritó.

---

El Reaver estaba justo enfrente de *Denola*, visible ahora que el edificio se había derrumbado parcialmente. Había fallado al intentar destruirlo. Ahora, con un único disparo en el puente desprotegido de su enemigo, el duelo terminaría.

Un ruido alcanzó los sensores de audio, un grito de terror absoluto. A Tyhe aquel sonido le resultó tremendamente placentero, y dirigió una mirada al interior de la ruina del edificio. Notó cómo *Denola* respondió también, degustando lo que había detectado.

Era una mujer arrodillada en medio de los cascotes, ensangrentada y cubierta de polvo. Su miedo y su angustia se podían saborear. Y por un instante, la mente de Tyhe se quedó en blanco: dos ojos azules lo miraban directamente, tan intensos como rayos láser.

*Mata.*

El impulso atravesó la estructura de *Denola*, pero Tyhe vaciló. Aquel recién nacido no mostraba miedo alguno, dichosamente ignorante de lo que estaba mirando. Pura inocencia.

*Asesina. Destruye. Mutila.*

Aquellos susurros eran cada vez más vehementes, se clavaban en los pensamientos de Tyhe como clavos al rojo vivo. El dolor, la insistencia, lo enervaban, y se rechazó el contacto. Por un segundo se desconectó del colector y pudo ver el puente del Warhound con sus propios ojos. Los cadáveres resecos permanecían desplomados sobre las consolas de control de los *moderati*mientras que una energía enfermiza y amarillenta danzaba en los cuadros de mandos.

*Sangre. Deja que mane la sangre.*

Lo que estaba escuchando no eran las voces de sus camaradas. El corazón pareció congelársele en el pecho cuando tomó conciencia de sí mismo. Su cuerpo no era más que una frágil cáscara, apenas viva, mantenida en aquel estado por las energías antinaturales de *Denola*.

Había dejado de ser su amo.

—¡No puedes ordenarme! Yo soy el *princeps*…

*Masacra. Desgarra.*

El Warhound llenó su mente de esquirlas de dolor. Retrocediendo, Tyhe apretó los dientes, luchando contra aquella urgencia asesina que empapaba sus pensamientos.

—¡No! ¡Yo soy el amo de la máquina!

El colector absorbió aquel desafío, enviándolo a través de los sistemas del titán.

Inexplicablemente, el Warhound retrocedió, tambaleándose mientras se alejaba del edificio, dando pasos de ciego en medio de la carretera. Mikal no dudó.

—¡Fuego!

El cañón melta liberó un rayo condensado que disolvió la cabina del Warhound. La ola de microondas incineraron todo lo que había en el interior del puente del titán, y la presión liberada reventó la cabeza blindada. La máquina cayó de espaldas, bazos y piernas recorridos por espasmos, sobre el edifico de habitáculos al otro lado de la calle.

—¡Otra vez! ¡Fuego a discreción!

*Vigilante* acribilló a la máquina caída con misiles, láseres y rayos melta, abriendo agujeros en su caparazón, cercenándole una pierna y triturando su blindaje. Las llamas nacidas de las vías de distribución cortadas envolvieron la estructura deformada y ennegrecida que cayó al suelo y comenzó a sangrar combustible.

Mikal escaneó aquella masa por unos segundos, hasta convencerse de que lo habían destruido completamente.

—Tripulación de reparaciones: el enemigo está muy cerca del Aratán; quiero los escudos de vacío de nuevo en funcionamiento para cuando alcancemos el cordón. Esperemos que el Dios-Máquina nos conceda llegar a tiempo.

---

Aquila se libró de los restos y se encontró con Septival en el piso superior. El ultramarine estaba en pie, mirando a Varinia y a su hijo. La mujer no se movía.

—Está muerta —dijo a través del canal de voz.

Aquila se agachó para recoger al bebé de los brazos muertos de su madre. Pexilius miró l marine espacial frunciendo el ceño, agarrando con sus pequeños dedos los guanteletes del sargento.

—Gaius creía que su deber era protegerlo. Dio su vida por este niño.

—Me temo que ha sido un intercambio unilateral —dijo Septival.

—Tenía razón. Este niño crecerá en medio de la guerra y la confusión, ¿pero por qué luchamos si no es para proteger a la siguiente generación? Una que quizá

conozca la paz. Habrá muchos huérfanos los próximos años, pero no podemos abandonarlos.

—¿Y un niño supone alguna diferencia?

—Si vamos a entregar nuestras vidas, ha de ser por una buena causa. Gaius creía que la vida de este niño era más valiosa que la suya. Debemos a su memoria que su sacrificio no haya sido en vano. Con el tiempo todos moriremos, pero habrá otros que recibirán el testigo de nuestros logros. Ithraca hoy es una fosa común, pero quizá un día el joven Pexilius sabrá la verdad de lo que ocurrió aquí y repare este sacrificio mil veces.

—Entonces, ¿después de todo tiene esperanza en el futuro del Imperio?

—La esperanza es el primer paso en el camino de la decepción, hermano. Lucha por esa esperanza si quieres. Yo lucharé para honrar a los muertos. Ahora, vámonos: tenemos que llegar a punto de reunión.

---

Mikal había presenciado la potencia de los titanes liberada muchas veces contra mundos que habían rechazado el acatamiento, pero el espectáculo de dos legiones luchando entre sí hacía palidecer todos aquellos conflictos. Los escudos de vacío parpadeaban en medio de la furia del combate, azules y púrpuras restallando en el humo de la guerra. Los proyectiles atravesaban cuerpos de metal, los láseres sajaban blindajes y los misiles cruzaban del cielo. Tres de los Warlords de Praesagius habían caído ya, sus masas ardientes como faros en la penumbra.

*Vigilante* sólo era uno entre muchos, entregado totalmente a la batalla. Tras la cada vez más débil línea de titanes, la tripulación del *Aratán* luchaba por abrir las puertas de la bodega de carga principal para ver qué podía salvarse.

—No importa si hoy somos derrotados —Mikal hablaba para el grupo de batalla como para sí mismo—. Basta con que hayamos luchado. Los artificios del Dios-Máquina han sido pervertidos, y no podemos permitir que un acto así quede sin respuesta.

Un cañón volcano alcanzó a *Vigilante* en el costado izquierdo, haciendo desaparecer uno de sus escudos. La breve llamarada de dolor en el cráneo de Mikal

permaneció unos segundos clavada allí. Sabía que la muerte estaba cerca. Aun así, se sentía en calma.

—Recuerdo ahora un extracto del *Archaia Titanicus*, de los días oscuros antes de que el Omnissiah trajera la unidad: «Está escrito que nada hay más puro que el hombre. Del hombre viene el artificio, y así es como el artificio puede también ser puro. Cuando el hombre se corrompe, su corrupción se extiende a todo cuanto ha creado, y todo cuanto ha aprendido se pierde». El *princeps maximus* Arutis me lo enseñó el primer día que llegué a la legión. Sólo ahora lo entiendo plenamente.

Una lluvia de cohetes cayó sobre el Reaver, envolviéndolo con sus detonaciones. Otro escudo se evaporó, su energía consumida al detener aquellas explosiones. Mikal respondió con el lanzador apocalipsis, arrojando su propia salva de misiles contra el Warlord que lo había alcanzado.

El enemigo estaba haciendo retroceder la línea defensiva, repartida ahora entre los edificios más cercanos al *Aratán*. Mikal dirigió una mirada al casco abrasado y pudo ver un enjambre de tecnosacerdotes de túnicas rojas trabajando frenéticamente sobre una de las puertas de embarque. Servidores pesados con sopletes cortaban los pedazos de metal que bloqueaban la entrada de la bodega.

Dos Warlods y un Night Gaunt de Infernus se unieron a la lucha desde el norte. El grupo de batalla respondió: *Victorix* y *Lobo de fuego* se dirigieron a enfrentar la nueva amenaza, sin esperanza de vencer pero aun así desafiantes, preparados para vender caras sus vidas.

Entonces, a unas pocas docenas de metros de la posición de Mikal, las sirenas de alarma comenzaron a proyectar su luz amarilla sobre el casco del Aratán, y la gran puerta del transporte comenzó a abrirse. La luz se derramó al exterior desde la bahía de carga interna.

Con su cuerno de guerra lanzando la señal de contraataque, *Immortalis domitor* abandonó la nave.

El Warmonger empequeñecía incluso a los Warlords, sus armas eran más largas que alto un Warhound. Proyectiles del tamaño de tanques sembraron el campo de batalla, obliterando una de las máquinas de Infernus en aquella primera salva. Misiles que podían allanar manzanas de la ciudad brotaron de sus torretas,

acribillando el parque arrasado, detonando como una docena de amaneceres en miniatura.

Tras los pasos del Warmonger avanzaban otros cuatro Warlords de Praesagius, frescos y listos para el combate.

Con el pecho henchido de júbilo, Mikal se sumergió en el colector una vez más.

—¡Quiero esos escudos reactivados inmediatamente! ¡Grupo de batalla, proporcione apoyo al *princeps maximus*! ¡Ithraca aún no está perdida!

FIN DEL RELATO